

católicos. Quería una union estrecha de todos los protestantes de todos los países para luchar contra el catolicismo y aniquilarlo.

Muy diferente era el elector Augusto, que estaba en relaciones estrechas con la casa de Habsburgo, y respecto de la Iglesia católica no era tan grande su hostilidad como la de Federico. Este para proteger y hacer triunfar la religion reformada habria pasado por encima del Imperio, mientras que Augusto creía que el sostenimiento del Imperio era la única garantía de un porvenir provechoso. Por tanto, no estaba por uniones parciales dentro del Imperio como la proponía el elector del Palatinado, ni por alianzas religiosas de miembros sueltos ó grupos de ellos con el extranjero. Para Augusto el porvenir del Imperio no consistía en el triunfo del protestantismo, sino en la igualdad de derechos de las Iglesias y en su buena armonía y concordia. En esto estribaba en su opinion la fuerza de Alemania, cuyo deber era oponerse á la restauracion del poder pontificio y al despotismo de España; pero su oposicion no llegaba hasta mezclarse en guerras extranjeras, y se limitaba á mantener una escrupulosa neutralidad.

Segun se ve, estos principios políticos del elector de Sajonia nada tenían de varonil ni de político, pues que se apoyaban en un modo de existencia del Imperio, resultado de la tradicion, pero no basado sobre una organizacion formal. Aquel soberano no consideraba que con la neutralidad que él se proponía conservar quedaria la Alemania excluida de los grandes movimientos de las naciones y de la época, y que adoptar una actitud semejante equivalía á renunciar á toda mision histórica.

A esta disposicion de ánimo que tan diferente era de la del elector Federico, se agregó para Augusto en el año 1566 el asunto del duque de Weimar, su pariente y enemigo, y de su consejero Grumbach, asunto que le indujo á evitar todo lo que podia disgustar al emperador á cuya sombra habia de medrar. Por todo esto contestó negativamente á la excitacion de los cuatro soberanos reunidos en Heidelberg, calificando las siniestras noticias de alianzas católicas de ilusiones de algun genio turbulento y ocioso, que las hacia correr para sembrar desconfianzas y recelos entre los príncipes alemanes y el emperador. Tambien se negó á adherirse á las resoluciones tomadas poco despues en la reunion de Maulbronn, aludiendo en apoyo de su negativa á la apostasia de Federico al desertar del luteranismo y alegando además que una accion colectiva de los príncipes protestantes alemanes no daria ningun resultado á causa de las divisiones que impedirian todo acuerdo. Mientras contestaba de este modo á sus colegas ofreció al emperador que cedería gustoso una parte de sus tropas al rey de España para emplearla en los Países Bajos.

La union de los soberanos protestantes alemanes contra el peligro que amenazaba á todos los protestantes no pudo, pues, realizarse por culpa del elector de Sajonia, cuyo ejemplo solian seguir casi todos los príncipes soberanos del Norte de Alemania.

Entonces justamente llegaron á Alemania noticias de nuevas conmociones en el Occidente. En agosto del año 1567 entró el duque de Alba en Bruselas, donde puso presos á los condes de Egmont y de Horn y á otros nobles, y creó el consejo del orden público. Simultáneamente habia estallado en Francia la segunda guerra civil.

Entonces el elector del Palatinado no titubeó en proceder por sí solo, ya que no habia medio de concertar una accion comun. No quiero, dijo, ser espectador ocioso del incendio de la casa del vecino hasta que sea tarde para apagarlo. Sin escuchar las exhortaciones del emperador ni los consejos de

sus amigos, y sin que le contuviera la seguridad de que se exponía á la hostilidad de todo el partido católico de España y de sus amigos, envió en diciembre de 1567 á su hijo segundo, Juan Casimiro, con su caballería al socorro de los hugonotes acudillados por Condé, dando así una prueba de su carácter varonil y honrado, prueba digna de su discurso de defensa ante el emperador y demostracion de que todavia habia en Alemania varones decididos á intervenir en los sucesos europeos, aunque callasen cobardemente el emperador y los demás magnates que componian el Imperio. No hizo caso del prudente consejo del duque de Wurtemberg, el cual le decia que antes de precipitarse en ningun compromiso meditara bien si la sublevacion de los hugonotes reconocia una causa justa ó si era únicamente una resistencia punible á las órdenes de la autoridad legítima, y reflexionara si la expedicion armada de su hijo podia ofender al rey de España y de consiguiente á S. M. el emperador. El elector Federico contestó á este consejo benévolo que el príncipe de Condé y los suyos iban impulsados únicamente por la religion que sus enemigos les querian arrebatar.

La nueva guerra civil francesa quedó concluida en marzo de 1568 con la paz de Longjumeau.

Entonces el príncipe Guillermo de Orange dió principio á su campaña en los Países Bajos, y tambien le auxilió Federico III del mejor modo que pudo, enviándole grandes subsidios y capturando en el Rhin una remesa de dinero destinada al duque de Alba, sin por esto cesar en sus esfuerzos, á la verdad inútiles, para sacar á los príncipes alemanes de su letargo y excitarles á aliarse contra el enemigo. Lo que hicieron fué desaprobando la actitud agresiva de su compañero y por prudencia alejarse de él. El emperador estaba tan indignado de la conducta de Federico III, que el nuncio del Papa juzgó la ocasion favorable para proponerle en el verano del año 1568 la destitucion del elector turbulento, ofreciéndole para ello el apoyo y auxilio de Roma, España y Francia. El nuncio propuso además dar el electorado ó á un hijo del emperador ó á la casa de Baviera; pero Maximiliano juzgó esta medida demasiado atrevida, porque siendo un ataque directo á la independencia de un miembro del Imperio, indispondria contra sí á amigos y enemigos.

INTELIGENCIA ENTRE LOS ELECTORES DE SAJONIA Y DEL PALATINADO

Lentamente empezaron á comprender los príncipes alemanes que era arriesgado permanecer indiferentes é inactivos en presencia de las tremendas luchas que conmovian los países vecinos. Era cada dia mas evidente que Felipe II estaba decidido á realizar el propósito de su padre de exterminar la religion protestante juntamente con las libertades y fueros de los Países Bajos. La ejecucion de este propósito seria, en efecto, mucho mas fácil si bajo la influencia de España se procedía del mismo modo y simultáneamente en los países vecinos. Esta idea empezó á inquietar al elector de Sajonia, y á fines del año 1567 creyó descubrir alguna conexion entre las persecuciones de los protestantes en los Países Bajos y en Francia. Al propio tiempo le ocurrió la idea de que España podia encontrar en las contiendas entre los duques de Sajonia y en el proyecto de Grumbach, é igualmente en la conducta de Suecia y Lorena, motivos para establecer su poder en el Báltico en perjuicio de Dinamarca, con cuya familia real el elector Augusto estaba emparentado. Uno de los rebeldes de Gotha, llamado Mandelslohe, habia encontrado asilo en la corte de Lorena; el duque de Weimar, Juan Guillermo, su pariente, facilitaba tropas al gobierno francés contra los hugonotes, cosas que necesariamente debian crear

al elector Augusto enemigos en España y Francia. Todo esto produjo paulatinamente un cambio en las ideas de Augusto, y aunque no era este cambio tan grande que le hiciese asociarse con el elector del Palatinado, favoreció por lo menos ocultamente la expedicion del hijo de éste. Cuando la ejecucion de los condes de Egmont y de Horn y otros nobles de los Países Bajos á principios de junio de 1568 demostró la brutal tiranía del duque de Alba; cuando las fuerzas españolas efectuaron repetidas incursiones en el territorio alemán; cuando el duque de Alba se mezcló en la contienda entre la ciudad de Tréveris y su arzobispo, y cuando se rompió definitivamente la paz de Longjumeau, no respetada nunca por el partido católico, y estalló la tercera guerra civil en Francia, entonces decidióse el elector Augusto á tomar tambien, á su manera, una parte activa en los sucesos, y se acercó á este fin al elector Federico que habia probado ya con hechos su resolucion de proteger al Imperio contra el peligro que le amenazaba de parte de España y del partido católico en general.

La aproximacion entre los dos electores se efectuó con el casamiento de sus hijos en 26 de noviembre de 1568, al cabo de cuatro meses de negociaciones y á pesar de los escrúpulos y obstáculos religiosos. La noticia de este casamiento entre Isabel de Sajonia y Juan Casimiro del Palatinado fué recibida con júbilo en los Países Bajos y con bastante disgusto en algunas otras partes.

Hasta los príncipes electores eclesiásticos de la cuenca del Rhin se espantaron á la vista de las fuerzas numerosas que España habia reunido en los Países Bajos y del despotismo brutal que desplegaba. Aquellos electores temian ser absorbidos y quedar reducidos, de soberanos territoriales que eran, á meros dignatarios y príncipes de la Iglesia, pues que en Tréveris habia algunos centenares de mosqueteros españoles y era de temer la anexion, sin lo que podria venir despues si las fuerzas españolas, aumentadas con tropas italianas, llegaran á ser todavia mas numerosas. Tan grande era el terror, que el duque de Julich, cuyo territorio confinaba con el del electorado de Colonia, dimitió su cargo de jefe de los contingentes armados de la circunscripcion militar de Westfalia, en vista de las amenazas del duque de Alba. En julio de 1568 reuniéronse estos príncipes en Bacarat (Bacharach) con el elector del Palatinado para concertarse sobre lo que convenia hacer en aquella situacion, y resolvieron enviar una embajada al emperador para suplicarle que intercediera cerca del gobierno español para que restableciera el orden y la tranquilidad en los Países Bajos y retirara de allí sus tropas. Este era un paso, pero nada mas; era lo mismo que conjurar un incendio para que cese, en vez de apagarlo. El elector Federico propuso en vano que todos se preparasen á rechazar de consuno el peligro español y las extralimitaciones del duque de Alba, si el emperador no lo hacia, y rechazarlo hasta contra la voluntad del emperador; pero los príncipes eclesiásticos no accedieron á esta proposicion.

El elector de Sajonia, muy deseoso de que de parte de Alemania se hiciese algo en vista de los sucesos que se desarrollaban en los Países Bajos, se brindó á acompañar á la embajada para añadir sus instancias á las de los embajadores, y hasta llegó á proponer la intervencion armada del emperador y del Imperio; pero no admitió la idea de que los miembros del Imperio se unieran para defenderse y marchar al auxilio de los protestantes de los Países Bajos, si el emperador no lo hacia. Primero habria sacrificado toda aquella parte de Alemania que peligraba, que consentir en faltar á la armonía entre los miembros del Imperio y su jefe, es decir, en que se faltara al emperador. Así fué que envió en su lugar un embajador con orden de añadir sus instancias á las

de la embajada del elector de Brandeburgo y á la solicitud redactada en sentido muy general por los electores del Rhin, y pedir enérgicamente el alejamiento de las tropas españolas de la proximidad del Imperio, para el cual eran mas peligrosas que los turcos y rusos, atendidos los deseos de conquista de España. Los embajadores debian recordar al emperador su deber de impedir la ruina de los Países Bajos y que se despojase al Imperio de un miembro tan precioso como éste, asegurándole al propio tiempo que todos los miembros del Imperio sin excepcion estarian á su lado con sus vidas y haciendas como era su deber, demostrando con esto que cuando se trataba de la conservacion y felicidad del Imperio y de proteger á sus miembros, todos desde el emperador hasta el último magnate estaban unidos.

La embajada de los electores, á la cual para dar mayor importancia y peso á su mision se habian agregado enviados de varios príncipes protestantes, llegó á Viena en el mes de setiembre de 1568.



Medalla conmemorativa de la toma de Gotha
Tamaño del original

En la corte imperial, el jefe militar Lázaro de Schwendi y el vicecanciller Zasius eran entre otras las personas mas influyentes. En su opinion debian ser expulsados los españoles de los Países Bajos, y auxiliado el príncipe de Orange; pero el emperador opinó de distinto modo. Como buen Habsburgo, era partidario de España; desde un principio habia aprobado la conducta de su pariente el rey Felipe II respecto de los protestantes de los Países Bajos, y hasta habiale auxiliado en su empresa amenazando al príncipe de Orange con castigarle como perturbador de la paz. Únicamente deseaba que el gobierno español procediera en los Países Bajos con benignidad y consideracion; el terrorismo del duque de Alba le asustaba, porque podia ser causa de una sublevacion revolucionaria en Alemania; pero, á pesar de esto, no pensaba ni remotamente en intervenir con las armas. Su duplicidad le impuso el papel miserable de una alma débil; no quiso irritar con una negativa rotunda á los tres príncipes del Imperio, y mucho menos ofender al rey de España, en cuya corte se educaban sus hijos, y á esto se agregaba la muerte reciente del infante D. Carlos, ocurrida en 23 de julio, muerte que daba á los Habsburgos alemanes nuevas esperanzas de heredar el trono de España. Quejose Maximiliano al conde Luis de Eberstein, embajador del elector de Sajonia, que por ser amigo de los protestantes le tenían rencor sus hermanos, el Papa y el rey de España; pero el embajador de éste dijo que enviaria una embajada á Madrid solo por tapan la boca á los alemanes. Schwendi, que conocia á su soberano, confió al embajador del elector del Palatinado que, aun cuando el emperador quisiese, no podria intervenir á favor de los Países Bajos por las razones que acabamos de mencionar. Maximiliano accedió por pura comedia á procurar un armisticio entre el duque de Alba y el príncipe de Orange. Tambien envió á su hermano, el archiduque Carlos, á Madrid con el encargo de inducir al rey

de España á hacer la paz y decirle que el emperador se veía tan asediado de exhortaciones á intervenir en los Países Bajos con las armas para poner fin al despotismo español, que temía tener que ceder. Pero luego se arrepintió de esta tímida amenaza, porque habiendo fallecido á principios de octubre de 1568 la tercera esposa de Felipe II, recibió esta noticia con la del deseo del rey de contraer cuartas nupcias, lo cual le indujo á enviar inmediatamente á su hermano en Madrid la orden de ofrecer al rey su hija mayor Ana por esposa y asegurarle que la amenaza de no poder resistir ya á las instancias de los que le exhortaban á intervenir en los Países Bajos, no había sido mas que un simulacro para contentar á los príncipes alemanes, y que por su parte se contentaría con cualquiera contestacion con tal que estuviese redactada de modo que él la pudiese enseñar á los príncipes electores.

Felipe II rechazó en su contestacion oficial todos los puntos que abarcaba la carta imperial respecto de los Países Bajos, en un tono tan brusco y altanero, que Maximiliano no se atrevió á enseñarla á los príncipes sino despues de haberla dulcificado algo, es decir, que la falsificó. ¡Tan abyecto y servil se mostró el emperador alemán respecto del rey de España en el momento en que los magnates le instaban á combatir á la cabeza de todo el Imperio en los Países Bajos contra el gobierno español y su tiranía!

El elector de Sajonia, disgustado de la conducta de Maximiliano, estrechó su amistad con el elector del Palatinado, y no dió oídos al duque Alberto de Baviera que trabajó para hacerle entrar en la liga de Lausberg.

En junio de 1570 se celebraron en Heidelberg con gran fausto y en presencia de la mayor parte de los príncipes protestantes las bodas de Ana de Sajonia con Juan Casimiro del Palatinado.

En el Oeste se presentaba el horizonte mas oscuro que nunca. El gobierno terrorífico del duque de Alba (1) había llegado al colmo de la ferocidad en los Países Bajos, y en Francia rugía la guerra civil en la cual los hugonotes llevaban la peor parte. El elector Federico instaba mas que nunca por la intervencion directa, y volvió á recomendar la formacion de una vasta liga defensiva de todos los soberanos protestantes incluso el de Inglaterra; pero siendo contrario el elector de Sajonia á toda idea de uniones particularistas, fracasó la proposicion de Federico en la conferencia que los príncipes protestantes tuvieron con este objeto en Erfurt en el año 1569. El elector del Palatinado no se mezcló esta vez en la guerra civil de Francia, quizás por no herir la susceptibilidad de su colega de Sajonia, ó quizás por el mal estado de su hacienda, muy descalabrada por los sacrificios que había hecho á favor de los hugonotes y del príncipe de Orange.

Los príncipes que asistieron á las bodas de Heidelberg, sin exceptuar al padre de la novia, se prestaron á firmar una súplica colectiva que dirigieron al rey de Francia para que concediera á los hugonotes el libre ejercicio de su religion, dándole de paso á entender con bastante claridad que el Imperio alemán no podía mirar inactivo la continuacion de la guerra civil en Francia sin lastimar sus intereses propios. Este lenguaje contribuyó á que el gobierno francés, cansado ya de sufrir la influencia siempre creciente de España, concediera á sus súbditos protestantes en la paz de Saint-Germain en Laye, del 8 de agosto de 1570, mayores ventajas que nunca.

(1) El duque de Alba no hizo mas que cumplir las órdenes de Felipe II, para quien la herejía era el crimen mayor. No pueden aprobarse las crueldades cometidas entonces en los Países Bajos; pero bueno es advertir que los protestantes donde dominaban sin contradiccion no se mostraban mas benignos con sus adversarios. (N. del T.)

Sin embargo, en general la actitud del elector del Palatinado, en todo el tiempo que duró su buena inteligencia con el elector Augusto, y de consiguiente la actitud de todo el partido protestante alemán se adaptó á los principios conservadores del de Sajonia, siendo evidentemente el del Palatinado el que cedió.

El parlamento que se reunió en 13 de julio de 1570 en Spira, pocas semanas despues de las bodas de Heidelberg, demostró lo que podía la buena inteligencia entre los dos jefes del partido protestante. Ya la circunstancia de que los magnates protestantes que se habían reunido en Heidelberg se presentasen muy lentamente en la ciudad de Spira, tan poco distante, y la de que el elector de Sajonia ni siquiera compareciese, inquietaron á los católicos que tomaron esta actitud por una demostracion calculada del partido protestante.

El emperador se había propuesto impedir que en adelante los protestantes alemanes auxiliaran á sus correligionarios en el extranjero, y pidió que sin autorizacion del emperador ningun potentado alemán permitiera en su territorio enganches de tropa para el extranjero. En esta peticion vieron los potentados un ataque á sus derechos soberanos, y los del partido protestante lograron fácilmente, presentándose esta vez unidos, que la proposicion, si no rotundamente rechazada, fuese tan cercenada que al fin quedó reducida al simple aviso que darian los señores territoriales al emperador de que en sus dominios iban á hacerse enganches. No fué mas feliz Maximiliano con la pregunta maliciosa, que se referia evidentemente al elector Federico, y se dirigia á saber qué pena se debía imponer á los que habían tomado parte en la última campaña francesa, y si el Imperio tenia obligacion de prestar auxilio á un miembro del Imperio que había ofendido á un potentado extranjero haciendo armas contra él. A esta última pregunta contestaron los magnates protestantes afirmativamente, es decir, que el Imperio debía auxiliar tambien á tal miembro contra todos los ataques.

Viendo Maximiliano el asunto tan mal parado, no se atrevió á reproducir su tentativa fracasada cuatro años antes en el parlamento de Augsburgo, de excluir al elector del Palatinado de la paz religiosa, y además retiró otro punto que había enunciado ya para ser debatido, á saber: la pregunta sobre lo que convenia hacer respecto de las sectas religiosas existentes en el Imperio.

Los protestantes alemanes se mostraron entonces unidos, si bien por última vez, respecto del extranjero, como se habían mostrado en los asuntos interiores, y enviaron una embajada al rey de Francia para felicitarle con motivo de su casamiento con la archiduquesa Isabel y del restablecimiento de la paz, y para ofrecerle en caso necesario su auxilio. La embajada fué recibida con los honores debidos y su orador Huberto Languet intercedió en términos elocuentes á favor de los hugonotes.

La paz de Saint-Germain introdujo un notable cambio en la política interior de Francia. El cuidado que al rey inspiraba la política de los duques de Guisa le iba alejando de la de España, y la santa liga formada por el Papa, la España y Venecia contra los turcos despertó los mayores recelos en el gobierno francés. En setiembre de 1571 se presentó Coligny, enemigo mortal de España, en la corte de Francia, y cada día fué mayor el influjo que ejerció en el ánimo del rey, tanto que se tomó en consideracion la idea de una guerra contra España, se prestó auxilio á los sublevados de los Países Bajos contra el duque de Alba, y agentes franceses, entre ellos Gaspar de Schomberg, trabajaron en las cortes de Alemania á favor de una aproximacion mas íntima entre ellas y la de Francia. No hay que decir que el elector

del Palatinado aceptó con avidez la idea de semejante liga; mas no así los soberanos de Sajonia y Hesse que no quisieron pasar de una relacion amistosa. La reina Isabel de Inglaterra, á la cual la corte de Francia hizo proposiciones tambien para proceder mancomunadamente contra España, se mostró al principio favorable á esta idea; pero cuando Carlos IX estuvo á punto de emprender la guerra, aquella soberana no tuvo valor para ponerse abiertamente al lado del gobierno francés, y eso que las personas inteligentes juzgaban entonces perdidos á los hugonotes si las negociaciones de Francia con Inglaterra y con los soberanos protestantes alemanes no llegaban pronto á feliz término.

La temida y espantosa catástrofe tuvo efecto en la noche de San Bartolomé, 24 de agosto de 1572, en que el rey de Francia inauguró en su país con una falacia nunca vista el régimen sangriento del duque de Alba. Imposible es saber hoy hasta qué grado contribuyeron á la horrible matanza la reserva de los príncipes alemanes y la vacilacion del gobierno inglés, ó si fué simplemente la ejecucion de un plan meditado, preparado con cautela y falacia infernales, desde mucho tiempo. Los católicos aplaudieron mientras los protestantes quedaron estupefactos de terror y dijeron que aquella sangrienta escena no era sino la ejecucion de las resoluciones del concilio de Trento que habiendo empezado en los Países Bajos continuaba en Francia y encontraría su remate en Alemania. El elector del Palatinado se vió con su país expuesto antes que todos y no tardó en saberse que la curia romana aguijoneaba al emperador á que acabase de una vez con el calvinismo del Palatinado y destronara al soberano de este país. Mas que nunca esforzose entonces Federico III por unir á los alemanes para su defensa comun, y salvar por lo menos á los Países Bajos auxiliando al príncipe de Orange, pero su primer paso fracasó; los soberanos vecinos de Simmern, Anspach y Baden, que á su invitacion se reunieron con él en el mes de setiembre en Heidelberg, se negaron á aceptar sus proposiciones, y su esperanza de ver á su lado en la hora del mayor peligro al elector de Sajonia recibió un terrible desengaño.

LA CAIDA DE LA DOCTRINA DE MELANCTON EN SAJONIA

La contienda entre el elector Augusto y su pariente el duque de Weimar, protector del luteranismo rígido representado por Flacio y sus partidarios, había facilitado á la escuela teológica de Melancton, dominante en Wittenberg y Leipzig, el dominio en toda la Sajonia electoral. Ya hemos dicho que el elector Augusto, muy diferente en este punto de su colega del Palatinado, no tenía ni la capacidad ni la inclinacion de éste á intervenir en las diferencias de las varias escuelas teológicas protestantes. Creyó, porque se lo habían dicho, que los adeptos de Melancton eran tan buenos luteranos como pensaba ser él mismo, y les dejó hacer, porque además declaraban la guerra á Flacio y sus partidarios, cuyo luteranismo le era muy antipático. Partidarios de Melancton le rodeaban; sus consejeros eran todos adeptos del luteranismo moderado, sobre todo Gaspar Peucer, yerno de Melancton, y catedrático de matemáticas y de historia en la universidad de Wittenberg, y despues médico de cámara de Augusto que le honró con favores extraordinarios, haciéndole padrino de uno de sus hijos. Eran tambien consejeros del elector el Dr. Craco, yerno de Bugenhagen, los teólogos Schutz que se llamó Sagittarius, predicador de palacio, Juan Stossel, decano é inspector de las iglesias de Pirna y su distrito, y otros.

Había, sin embargo, luteranos ortodoxos en Sajonia, y principalmente en la corte, donde representaban esta escue-

la protestante las señoras, que eran muy aficionadas á discusiones teológicas y á hacer propaganda de su religion, siendo las primeras la misma esposa del elector, su madre la reina viuda de Dinamarca y su tia la duquesa Isabel de Mecklenburgo, todas las cuales estaban en relaciones con la mayor parte de los eclesiásticos de Dresde y trabajaban por apartar al elector de sus consejeros para hacer triunfar en todo el país el luteranismo puro, cosa imposible mientras los consejeros mantuviesen al elector en la creencia de que eran buenos luteranos.

En 1571 la facultad teológica de Wittenberg publicó un catecismo que era simplemente un extracto del cuerpo de doctrina de Melancton, es decir, la doctrina oficial de la Iglesia de Sajonia, sancionada por el soberano. Este libro, destinado al uso de las escuelas, suscitó violentos ataques de los luteranos ortodoxos y dió lugar á una nueva campaña teológica entre los dos partidos. El elector, aburrido de tanta polémica, habría preferido que no se hubiese impreso el libro; pero llamó á Dresde á los teólogos de la universidad y á los principales inspectores eclesiásticos de distrito para que se defendieran de la sospecha de calvinismo haciendo su profesion de fe respecto de la comunión. Los llamados hicieron lo que el elector pedía y le entregaron en 10 de octubre de 1571 una exposicion en la cual se esforzaron en probar que la doctrina de Melancton era la de Lutero desarrollada y aclarada.

El elector quedó por lo pronto satisfecho; pero cuando le dijeron que los teólogos de Heidelberg habían aplaudido la exposicion como conforme á su doctrina concibió sospechas y pidió á sus teólogos una corta, precisa y clara explicacion de la diferencia que había entre su doctrina y la de Heidelberg. Entonces, en lugar de ser francos y confesar que en los puntos principales no había diferencia, los teólogos de Wittenberg forzaron el sentido de las palabras y elaboraron una diferencia ficticia entre ambas doctrinas. El elector, no satisfecho con su explicacion, pidió ver en una sola hoja contrapuestos los puntos principales de las dos escuelas. Tambien se arregló esta hoja al gusto de los partidarios de Melancton por el decano ó superintendente Stossel; y el predicador de palacio, Schütz, se declaró conforme con el escrito, á pesar de ser una superchería cobarde, con lo cual los partidarios de Melancton lograron otra vez triunfar de sus adversarios, y persuadir al soberano que ellos nada tenían de calvinistas y que eran buenos luteranos.

Mucho sentimiento causaba al elector Augusto el enfriamiento de sus relaciones con el emperador; antes de la terrible matanza de la noche de San Bartolomé le había participado que su intencion no era seguir la política del elector del Palatinado, y finalmente, para dar á Maximiliano una prueba de la sinceridad de su deseo de reanudar las buenas relaciones de antes, hizo con su esposa en febrero de 1573 una visita á la corte imperial de Viena, y en seguida quedaron restablecidas las antiguas relaciones amistosas. El elector, para sincerarse de la sospecha de que se oponía á la eleccion de un Habsburgo para rey de Romanos, se apresuró á acceder al deseo de Maximiliano de ver elegido á su hijo mayor Rodolfo. Es de suponer que el emperador hizo en aquella ocasion cuanto pudo, atendido su odio al calvinismo, para apartar á su huésped de su colega del Palatinado, infundirle sospechas contra sus teólogos, y deshacerse de ellos en el caso de resultar probada su conformidad con los teólogos de Heidelberg. Con el auxilio de la esposa y suegra del elector logró el emperador tambien este deseo, cosa temida y prevista por los protestantes desde el instante en que Augusto emprendió el viaje á la corte imperial.

A su regreso cometió un acto brutal con el cual pareció indicar que se inclinaba mas bien del lado de sus teólogos,

partidarios de la doctrina de Melancton, que del lado del luteranismo rígido; porque habiendo fallecido en 3 de marzo de 1573 el duque Juan Guillermo de Weimar, el gran protector de los adeptos de Flacio, y habiendo nombrado tutores de sus dos hijos menores á dos príncipes amigos, recelando con razon del elector Augusto, éste anuló el testamento de su pariente y se encargó á la fuerza de la tutela y de la regencia del país, en cuyos cargos le confirmó el emperador. Lo primero que hizo entonces Augusto fué poner término al despotismo de los luteranos fanáticos; expulsó del país á Hesshus y Wigand, destituyó al superintendente Rosino y al predicador de palacio Gerhard; dispuso una visita de inspeccion á las iglesias de todo el país y ordenó á todos los eclesiásticos adherirse con su firma á la exposicion de Dresde so pena de ser expulsados del territorio. La mayor parte prefirió emigrar, y en las vacantes fueron colocados teólogos jóvenes de Wittenberg. Es decir, que el luteranismo de Flacio fué expulsado y sustituido en el país por el luteranismo de Melancton, en opinion del elector Augusto conforme á la doctrina de Lutero, y que regia en el resto de los territorios sajones. Mas no tardó aquel soberano en advertir su error y entonces acabó tambien la dominacion de la doctrina triunfante.

Desde el nombramiento de Jorge Listenio, luterano rígido, para predicador (capellan) de palacio en 1572 habia estallado á la vista del mismo soberano una disputa teológica que en nada cedia á la suscitada por Hesshus en Heidelberg. Los dos predicadores, Listenio, luterano rígido, y Schütz (Sagitario), partidario de la doctrina de Melancton, se disputaron la influencia en la corte. El primero atacó en sus sermones á su colega y á los teólogos de Wittenberg, llamando á su auxilio los calificativos mas groseros é insultantes.

Estando así las cosas, apareció en los últimos dias de setiembre de 1573 un escrito con el título de *Exegesis*, obra de un autor anónimo, sobre la comunión en el sentido de Melancton con la tendencia á facilitar una conciliacion entre los luteranos y calvinistas, y con este motivo el autor citaba en su escrito los puntos en que Melancton discrepó de la doctrina luterana de la comunión, haciendo así, sin segunda intencion, patente y pública la diferencia entre ambas doctrinas, diferencia negada tantas veces por los teólogos de Wittenberg.

En cualquier otro tiempo no habria adquirido este escrito mas importancia que tantos otros que en aquella época se publicaron en gran número tratando del mismo asunto; pero entonces fué una revelacion para el elector Augusto que, despues de haber expulsado el luteranismo de Flacio y sus propagadores, estaba decidido á hacer lo mismo con el calvinismo, y hubo de reconocer que éste era cabalmente la religion á la cual él habia dado la preferencia en sus Estados creyéndola buenamente luterana. De todas partes se le instó para que examinase la cuestion de una vez á fondo y procediera despues sin consideracion á nadie. Investigando la procedencia del escrito, resultó haber sido impreso y publicado por el librero Vogelin en Leipzig, y éste designó como autor á un médico de Glogau llamado Curaeus que habia pasado á mejor vida en enero de aquel mismo año de 1573.

Despertados ya los recelos, no se contentó el elector con este resultado, porque se habia sospechado que el autor fuese un teólogo de Wittenberg; escribió al capellan ó predicador del palacio de su hija en Heidelberg pidiéndole que le dijese cuanto supiera de una inteligencia secreta entre los teólogos sajones y los del Palatinado; y el eclesiástico citado, luterano rígido y tambien gran discípulo de Baco, contestó en su carta, escrita en una de sus horas de mas excitacion,

que los teólogos sajones eran cripto-calvinistas, y despues de explicar este punto difusamente, excitó al fin de su carta al elector, sobre el cual decia que tenia fija la vista toda la cristiandad, á tomar disposiciones enérgicas contra aquella gente antes que el diablo lo echara á perder todo.

Poco despues cayó en manos de Listenio una carta de Stossel dirigida á Schütz, y la entregó al elector, el cual en vista de su contenido ordenó un registro en casa de Schütz. Los escritos que allí se encontraron originaron otro registro en casa de Peucer. El resultado de estas pesquisas fué encontrar una multitud de cartas de notabilidades adictas á la doctrina de Melancton que en el tono de confianza que suele reinar entre correligionarios y amigos se franqueaban, y hablando de los sucesos del dia, se lamentaban de que en la corte gobernarán las mujeres, y del consistorio eclesiástico de Meissen sobornado por el gobierno; se mofaban de Listenio, vituperaban la doctrina luterana de la comunión, ensalzaban á varones notables de la iglesia calvinista, el catecismo de Wittenberg y el escrito *Exegesis*. Peucer decia en una carta que la verdad, que no habian logrado ahogar rios de sangre en Francia y los Países Bajos, triunfaria tambien en Alemania. En otra carta decia el mismo autor: «si tuviésemos de nuestra parte la suegra, pronto seria nuestro tambien el yerno.» Todas estas y otras frases comprometian á sus autores, pero no eran criminales, salvo el descaro con que la mayor parte de los autores habia negado pertenecer á una escuela con la cual concordaban en sus cartas.

Así supo el elector que la doctrina oficial de su país era en el fondo la misma que prevalecia en el Palatinado y en Suiza, lo cual excitó su ira hasta un grado desconocido porque se vió engañado, burlado y hasta herido en su honra personal por una cáfila de hipócritas en los cuales habia puesto toda su confianza. No se contentó con castigarlos, sino que quiso vengarse de Stossel y Schütz que estaban en inteligencia secreta para entregar el país al calvinismo; de Peucer, «uno de los principales jefes y causante de todo el mal» y al cual se acumuló hasta querer pasar el electorado otra vez á la rama Ernestina que desde antiguo lo habia poseído, y hasta del corpulento Dr. Craco, «patron é instigador de todos.» A todos mandó prender y formar causa por conspiradores y por querer introducir en el país el calvinismo, y á todos quiso imponer la pena capital, habiendo costado trabajo hacerle aceptar el fallo mas benigno de la comision nombrada para entender en esta causa en la cual los acusados fueron tratados con crueldad jamás vista. Stossel murió en 1576 en la cárcel adonde le habia querido seguir su esposa; Schütz continuó preso hasta el año 1586. Mas inhumana fué la suerte que cupo á los acusados láicos. No pudiendo obtener de la comision la sentencia de muerte de Peucer, el elector mandó que se le espantara con la noticia de que á los ocho dias seria ejecutado si antes no abjuraba la doctrina de Melancton acerca de la comunión; y como Peucer se mantuviera firme, le tuvo doce años en prision durísima. A Craco se aplicó el tormento hasta que expiró con los miembros destrozados sobre el lecho de paja de su calabozo el 17 de marzo de 1576.

En 1574 el elector habia hecho redactar por Listenio y otros teólogos de idénticas opiniones de aquel los llamados «Artículos de Torgau, para testimonio de la verdadera doctrina de Lutero y Melancton, de la profesion de fé de Augsburgo y del cuerpo de doctrina,» que debian firmar todos los teólogos del país á fin de expurgarlo de calvinismo; pero resultó que estos «Artículos» eran una mezcla de las doctrinas contrarias, un «laberinto de dogmas, testimonio de la falta de ideas precisas y claras de aquellos enemigos y perseguidores brutales de la doctrina de Melancton.» Firmó estos

artículos la mayoría de los partidarios de Melancton de la ciudad de Leipzig, muchos con la observacion de que lo hacian «llorando» (*flens suscripsit*); pero los teólogos de Wittenberg, arrepentidos de su cobardía anterior, se negaron rotundamente á firmar, siendo los mas valientes Widebram, Petzel, Moller y Cruciger, y diciendo este último que Lutero mismo si viviera no firmaria el artículo relativo á la comunión. El único que firmó fué el caduco y enfermizo Jorge Major, diciendo que lo hacia «de miedo de ser arrollado por la manada de jabalíes.»

Augusto, engraido de su victoria y de haber restablecido en sus dominios el luteranismo verdadero, mandó acuñar en conmemoracion de su triunfo una medalla en la cual se hizo representar armado de piés á cabeza, teniendo en una mano una balanza, con el niño Jesús y el letrero «Omnipotencia» en el platillo mas bajo, y con los teólogos de Wittenberg y el letrero «Razon» en el platillo mas alto, á pesar de los esfuerzos que hace el demonio para inclinar la balanza por aquel lado. Además celebró el suceso con un castillo de fuego en el cual salió Hércules venciendo la hidra, alusion al elector Augusto, vencedor del calvinismo.

En abril del año siguiente, 1575, el emperador devolvió al elector Augusto su visita en Dresde, siendo recibido con gran cordialidad y magnificencia. El embajador español que se halló en su séquito fué colmado de honores; á la misa que se celebró en el palacio asistió todo el personal de la corte electoral, y el elector aseguró al embajador que ya no tenia trato alguno con los «rebeldes» y que haria de manera que los demás príncipes dejaran en adelante de favorecer al de Orange.

La gran hazaña del elector Augusto fué un golpe terrible para el protestantismo alemán, cuyas dos ramas principales vivieron desde entonces completamente separadas. Todos los esfuerzos del elector del Palatinado para cambiar el modo de pensar de Augusto fueron rechazados por éste con grosera brusquedad. Augusto negó rotundamente que Federico y sus teólogos perteneciesen á la profesion de Augsburgo; no quiso tener mas trato con ellos, y pronto tuvo un pretexto para romper tambien todo trato personal con Federico.

El príncipe de Orange, casado con Ana, sobrina del elector Augusto, estaba divorciándose de su esposa por adúltera; pero antes de haberse decretado legalmente el divorcio, se casó, por recomendacion y á instancias de Federico III, con Carlota de Borbon, hija del duque de Montpensier, que habia huido del convento en que estaba y de Francia, por ser hugonote celosa, y se habia refugiado en la corte del elector del Palatinado, en cuyos Estados todos los calvinistas perseguidos encontraban asilo y proteccion. El elector de Sajonia, fuera de sí de coraje, creyó que este casamiento era una baja venganza del elector Federico por la conducta feroz que Augusto habia observado con los adeptos de la doctrina moderada de Melancton; se lamentó de haber dado su hija por esposa á un hereje; escribió algunas cartas llenas de improperios soeces á Federico III y rompió con él para siempre.

Esta manera de negar y rehuir la solidaridad de todos los protestantes era para Augusto un excelente medio de no comprometerse. Decia que no tenia ni motivo ni poder para defender el protestantismo en otros países, y que esto lo dejaba á la omnipotencia de Dios; ni quiso tomar parte en una liga entre los príncipes protestantes de Alemania, ya que él volvia á estar bien con el emperador, del cual volvió á ser mas que nunca servidor obediente, consolándose con la seguridad de que nada habia que temer de los príncipes católicos del Imperio, mientras no se tocara á la paz religiosa proclamada solemnemente.

El elector del Palatinado, convencidísimo de la solidari-

dad de todos los intereses protestantes y de los peligros que amenazaban á la Alemania de parte de España y de todo el partido católico que iba avanzando siempre, y acostumbrado á estar en Alemania aislado con sus opiniones y con lo que creía ser su mision y deber, continuó impertérrito su camino. Entre todos los soberanos alemanes fué Federico III el único que estaba dispuesto y decidido siempre á defender la libertad de la religion protestante en cualquiera parte donde estuviese amenazada. Sus hijos Juan Casimiro y Cristóbal apresaron en octubre de 1573 un convoy de pólvora repartida en quince carros, que desde Regensburg iba escoltado por alemanes y españoles á los Países Bajos, y lo hicieron volar, sin que Maximiliano se atreviera á castigarlos. Cristóbal combatió como un héroe en las filas del príncipe de Orange en la campaña de 1574 contra los españoles y murió en la batalla del llano de Mook en 14 de abril del mismo año. En el mes de diciembre del año siguiente su hermano Juan Casimiro llevó considerables refuerzos al príncipe de Condé.



Medalla con el busto de la princesa electoral Ana, de Sajonia
Tamaño del original

Federico III, elector del Palatinado, fué á los ojos de Europa el adalid principal del protestantismo, á pesar de estar declarado hereje por el luteranismo ortodoxo y de haber sido excluido de la paz religiosa.

LA ELECCION DEL EMPERADOR EN 1575 Y EL PARLAMENTO DE 1576

No tardaron en palpase las funestas consecuencias de la ruptura entre la Sajonia y el Palatinado para la situacion interior del Imperio.

El emperador Maximiliano deseaba vivamente, como ya hemos dicho, asegurar á su hijo mayor, Rodulfo, la sucesion en la dignidad imperial. De los príncipes electores eclesiásticos, como de todos los demás príncipes católicos, no habia que temer oposicion alguna, porque el archiduque habia sido educado en España, y en Alemania estaba tambien rodeado de españoles. De los electores protestantes habia prometido su voto el elector Augusto en su visita al emperador en el año 1573, y despues Maximiliano habia ganado tambien al elector Juan Jorge de Brandeburgo, con lo cual quedó asegurada la eleccion de Rodulfo, hiciese lo que hiciere el elector Federico III del Palatinado, que como en 1562 era el único que se oponia á que la corona imperial se hiciera poco menos que hereditaria en la familia de Habsburgo. Federico no pudo tampoco esta vez impedir la eleccion, pero por lo menos quiso aprovechar la ocasion para incluir en las condiciones del nombramiento las mayores ventajas posibles á favor del protestantismo, cuya mision encargó á su hijo mayor Luis, á quien envió en representacion suya en octubre de 1575 á la asamblea electoral de Regensburg. Pronto advirtieron Luis y sus acompañantes su completo aislamiento; el emperador les recibió con dureza y el elector de Sajonia les dirigió improperios y groserias. Comprendieron que allí eran los samaritanos á quienes los fariseos ex-